

tes á adherirse á la confesion de Augsburgo. Sajonia tomó abiertamente partido contra el arzobispo porque era calvinista, y para apoyarlo se habria necesitado otra cosa que argumentos teológicos. Todos los luteranos siguieron este ejemplo; dejaron al arzobispo batirse solo contra los católicos, y hasta encontraron muy ingenioso mofarse en verso de su posicion desesperada (1). Sin duda, si los principes protestantes hubieran sostenido al elector, se habria encendido la guerra entre el protestantismo y el catolicismo; habria sido preciso combatir para quitar el electorado de Colonia al partido católico; pero habrian hecho los protestantes esta guerra como conquistadores, y por haber retrocedido ante una guerra de conquista se vieron obligados en el siglo XVII á sufrir una guerra cruel para defender su existencia amenazada. Pero ¿cómo se habían de unir los protestantes contra el enemigo comun, cuando estaban desgarrados por disensiones intestinas? Las miserables querellas de luteranos y calvinistas sobre el misterio de la Eucaristia fueron la causa de su debilidad y estuvieron á punto de traer la ruina de la Reforma. En la dieta de 1594, el elector palatino se puso á la cabeza de los protestantes y pidió que no se otorgaran los auxilios contra los Turcos sino á condicion de que el emperador les hiciese concesiones religiosas. Esta habia sido la política de los reformadores alemanes en su lucha contra Carlos V; la dictaba el buen sentido, pero el buen sentido y la teología están rara vez de acuerdo. Los teólogos luteranos representaron á los principes que la conciencia no les permitia entrar en relacion con los calvinistas, porque Dios mismo prohibia comunicarse con los herejes. En vez de escuchar á la sana razon, los principes no dejaron de seguir la opinion de los teólogos (2).

## II.

Para ver en toda su debilidad al protestantismo alemán, hay que seguirlo en sus relaciones con los reformados belgas y franceses. Se reprocha á los partidos religiosos del siglo XVI el haber buscado aliados en el extranjero; más bien se debería acu-

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. v, p. 153 y sig.—HÄBERLIN, *Neueste deutsche Reichsgeschichte*, t. xv, Prefacio, página 38.

(2) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. v, p. 285.

sar la inercia y la culpable indiferencia de los protestantes de Alemania respecto de sus hermanos calvinistas. Los destinos de la Reforma, su propia existencia, estaban comprometidos en la insurreccion de los Países-Bajos contra Felipe II y en las guerras civiles de Francia. No eran, en efecto, las guerras de religion acontecimientos aislados, encerrados en los limites de algunos Estados, sino fases de la lucha general del protestantismo y el catolicismo. El papado perseguía la extirpacion de la herejía, no en tal ó cual país, sino en todas partes; y si hubiera vencido en los Países-Bajos y en Francia, habria vuelto inmediatamente sus armas victoriosas contra los protestantes de Alemania. Pues que los intereses de los protestantes eran solidarios en toda la cristiandad, el más simple deber de prudencia les mandaba unir sus esfuerzos cuando el enemigo comun unía los suyos. Los insurrectos de los Países-Bajos no cesaron de exhortar á la union á sus hermanos de Alemania (1); pero los reformados de Francia y de Bélgica tenían la desgracia de seguir á Calvino, y á los ojos de los luteranos eran sacramentarios, destructores de imágenes, amotinados, rebeldes: "Se haria un gran servicio á Dios, decían, y un bien á toda la cristiandad con abolirlos y arruinarlos." (2). En 1604 propuso el conde palatino á la dieta de Ratisbona hacer la paz con los Turcos y emplear las contribuciones del imperio contra los Países-Bajos y los calvinistas (3). Con tal disposicion de los espíritus, la union era imposible. Hay que insistir en la division y en la torpeza política de los protestantes alemanes en el siglo XVI, porque explica la debilidad y la nulidad del partido protestante en el siglo XVII.

Los reformados de los Países-Bajos pidieron apoyo á sus hermanos de Alemania; y despues de largas dilaciones, consintieron algunos principes en enviar una diputacion á la duquesa de Parma, pero no intercedieron más que por los luteranos, cuando casi todos los protestantes de los Países-Bajos eran calvinistas (4). El landgrave de Hesse escribió á Luis de Nassau que harían bien los reformados belgas en abrazar la confesion de Augsburgo, porque si no no encontrarían ningun apoyo

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, serie 2.<sup>a</sup>, t. II, p. 261.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. III, p. 333.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, serie 2.<sup>a</sup>, t. II, p. 322.

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. III, página 80 y siguientes.

en los principes alemanes (1). Más tímido todavía, el elector de Sajonia escribió á Guillermo de Orange que los habitantes de los Países-Bajos debían ante todo someterse á Felipe II; despues implorar la libertad de profesar la verdadera religion cristiana, es decir, la confesion de Augsburgo, y entonces los principes alemanes se decidirían á hacer una gestion en su favor; mas que si el rey de España empleaba la violencia para restablecer el catolicismo, habia que esperar en Dios (2) y orar mucho. Tentados estaríamos á tratar de necia esta política si no tuviera en el fondo un sentimiento religioso, siempre respetable, aun cuando se extravie: los Alemanes no han comprendido jamas que obrar es tambien orar, y que la accion vale más que la oracion cuando se trata de defender sus derechos. ¡Otra ilusion del espíritu alemán! El elector de Sajonia no encontró mejor consejo que dar á Guillermo de Orange que "hacer una memoria bien trabajada, bien detallada, bien compuesta." (3). ¡Mientras el príncipe de Orange hubiera escrito su memoria, el duque de Alba habria cortado las cabezas! Hay épocas en que es preciso dejar la pluma por la espada. Los principes alemanes, por lo contrario, reprobaban toda apelacion á las armas (4). El más emprendedor, el más aventurero de los soberanos protestantes es quien empleaba este lenguaje: el landgrave de Hesse lamentaba que los Belgas no se hubiesen sometido á don Juan de Austria en vez de lanzarse á una guerra sin resultado, que debía ocasionar la muerte á millares de hombres (5). En cuanto al elector de Sajonia, llegó hasta á desear que las ciudades insurrectas no imitasen la resistencia de Harlem, porque la paz se haria más difícil (6). Decididamente, los Alemanes no entienden de revoluciones. ¿Imaginaban los principes de Hesse y de Sajonia que conquistarían los Países-Bajos sin lucha la libertad religiosa? Todavía necesitaron combatir durante cuarenta años antes de que su soberbio enemigo consintiera en una tregua; pero no fué estéril la sangre derramada: la jóven república salió fuerte y poderosa de su

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. II, p. 481, 490-492.

(2) "Darumb dann der ewig Gott von hertzen zu bitten und ihm die Sache zu bevehlen ist" (GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. II, p. 398). Comp. Ib., p. 396.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. III, p. 31.

(4) Carta del landgrave de Hesse á Guillermo de Orange (GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. III, p. 274).

(5) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. VI, p. 254.

(6) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. IV, Apéndice, p. 32.

gigantesco duelo, y tuvo la gloria de contribuir á la fundacion de la libertad religiosa en Europa.

Los principes alemanes no comprendían siquiera la libertad religiosa, por la cual corrían torrentes de sangre en los Países-Bajos. ¡Todo lo que el landgrave de Hesse pidió al emperador en favor de los insurrectos fué la libertad de emigrar! (1). No sospechaban los principes protestantes que los hombres, que los súbditos tuviesen derechos: no conocían más que los derechos de los soberanos. Lo que preocupó más al elector de Sajonia en la empresa de Guillermo de Orange fué la dignidad del príncipe, á quien escribió que por la mediacion del emperador conservaría sus honores y sus tierras, y que ya no tendria razon de obrar (2). ¡Y la fe! ¡Y la conciencia! ¡Y la libertad! ¡Y los Belgas que perecían por el hierro y el fuego! Idéntico lenguaje tenia el landgrave de Hesse (3). Así la gran lucha del catolicismo y el protestantismo se rebajaba á las mezquinas proporciones de un interes de principes. Nada más ciego que el interes personal, que se cree, sin embargo, tan previsor; no ve más que lo presente, no ve lo porvenir. ¿No es increíble que los principes alemanes combatieran en los ejércitos de Carlos V y de Felipe II contra sus correligionarios? ¡Pues se les hizo creer que no se trataba de la religion! En verdad merecían el desprecio que les atestiguaban amigos y enemigos. Languet dice que "los famélicos principes de Alemania se vendían á quien los pagaba, y que venderían, si fuese preciso, su protestantismo." (4). "Son, dice el duque de Alba, grandes señores; tienen en sus armas grandes animales, tales como leones, águilas, osos; tienen, además, grandes dientes y grandes garras, pero no muerden ni arañan." (5).

Oigamos una voz más grave, la del héroe cuya inquebrantable constancia salvó á lo ménos la mitad de los Países-Bajos: la voz de Guillermo el Taciturno es el juicio de la historia, es la condenacion de los protestantes de Alemania. Las repetidas empresas del príncipe de Orange en los Países-Bajos fracasaron porque los principes alemanes no le dieron ningun auxilio: escribió en 1568, y repitió en 1572, que no recibía ni un sueldo ni un do-

(1) Carta del landgrave de Hesse al elector de Sajonia (GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. IV, p. 101).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. III, p. 215.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. III, p. 287.

(4) LANGUET, *Epistolæ Secretæ*, 37.

(5) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. VI, p. 300.



zavo (1). Y entre tanto iban creciendo sus necesidades, y en su penuria volvía siempre los ojos hacia los príncipes del imperio, esperando que tuvieran piedad de la miseria de sus hermanos y les tendieran la mano; pero apenas había concebido una esperanza, cuando tenía que reconocer que nada podía esperar de este lado. Encomendó su causa á Dios, con la firme confianza de que Dios no le abandonaría: "Pero también de nuestra parte, dice, estamos aquí resueltos á no abandonar la defensa de su palabra y de nuestra libertad hasta el último hombre," (2). Y no se equivocaba Guillermo de Orange en no contar sino con Dios y con su valor: "Los príncipes alemanes, dice en 1584, han sido muchas veces solicitados, y no hemos recibido de ellos ningún auxilio, ni señales, ni tan siquiera en palabras," (3). No eran estas quejas recriminaciones del interés particular ni de la ambición. El Taciturno veía más allá que los príncipes alemanes; no cesó de decirles que era ménos la causa de los Países-Bajos que la del protestantismo la que peligraba. En 1572 escribió al conde Juan de Nassau: "Es tiempo de que despierten los príncipes de Alemania y que vean lo que se pretende. No es á mí solo á quien se combate. Los católicos han deliberado poner en ejecución su antiguo proyecto, que es exterminar á todos los que no se sometan á la dominación romana, y reducir la Europa á la obediencia del papa... Después que nosotros, los pequeños compañeros, seamos derrotados, tendrán á su vez los príncipes alemanes que satisfacer la avaricia y la rabia sanguinaria de estos enemigos de Dios... ¡Que estén apercibidos en adelante, si quieren evitar la completa ruina de Alemania, que pende ya sobre su cabeza!" (4).

## III.

Los destinos de la Reforma se debatían en Francia al mismo tiempo que en los Países-Bajos. Dichosos con derramar su sangre por el Cristo, se dejaron sacrificar durante mucho tiempo los hugonotes, sin pensar en la resistencia; cansados al fin de estas matanzas, tomaron las armas, y una débil

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. III, p. 311, 483, 484, 489.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. V, p. 300.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. VIII, página 311 y siguientes.

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. III, p. 507.

minoría tuvo en jaque las fuerzas de un poderoso reino. Como estaban diariamente á punto de sucumbir, se dirigieron á sus hermanos de Alemania. Los príncipes protestantes les asistieron con sus oraciones y llevaron el valor hasta á intervenir con recomendaciones cerca de los reyes de Francia; pero no pasaron de ahí. Cuando estuvieron reunidos en Ratisbona, escribieron una esmerada carta á Francisco I para aconsejarle la clemencia (1), lo cual no impidió al rey de Francia atestiguar su celo por la religión ortodoxa quemando á los calvinistas. Intervinieron de nuevo los príncipes protestantes cerca de Enrique II, asegurándole que los hugonotes no sostenían ninguna opinión sediciosa, ninguna creencia contraria al Evangelio; aconsejaron al rey que les diera la libertad de conciencia; insistieron en la impotencia de la fuerza para destruir la doctrina evangélica, diciendo que la sangre servía más bien de semilla para engendrar diariamente cristianos; y en fin, confesaron que la respuesta que se les había dado á una primera embajada les había hecho concebir la esperanza de que cesarían los suplicios, pero que, sin embargo, se continuaba como ántes, persiguiendo á los hugonotes por el hierro y el fuego y con toda clase de tormentos. Esta confesión habría debido abrir los ojos á los protestantes de Alemania respecto á la inutilidad de sus gestiones pacíficas y á la necesidad de un apoyo más eficaz. El rey dió la bienvenida á los embajadores, y les dijo que les mandaría por medio de un gentilhomme una respuesta que había de satisfacerles: "Mas los embajadores, dice un historiador contemporáneo, no habían aún abandonado la corte, cuando el fuego, que parecía haberse apagado con su venida, se encendió para acabar con un gran número de prisioneros por causa de religión," (2).

Bajo Carlos IX, los dos partidos, el rey y los hugonotes, apelaron á los príncipes alemanes; éstos respondieron con homilias religiosas; y dirigidas á quién? ¡Á Catalina de Médicis! El duque de Wurtemberg escribió á la reina madre, "que no conocía otro medio para restituir el reino en buena paz, sino el de que primeramente se reconciliara con Dios, pidiéndole perdón y merced por las faltas cometidas en lo pasado contra su santa voluntad,

(1) BRETSCHNEIDER, *Corpus reformatorum*, t. IV, p. 325.

(2) DE LA PLACE, *De l'état de la religion et république*, lib. I.

abriendo las puertas al Dios de gloria, nuestro Señor Jesucristo, y haciendo predicar su santo Evangelio santa y puramente á cada uno," (1). Recomendar todo lo que hay de sagrado á Catalina de Médicis, ¿no era llevar la candidez hasta la necesidad? Estos eternos sermoneadores acabaron por aburrir á los reyes de Francia. En tiempo de Enrique III llegó á París una nueva embajada protestante que hizo oír al rey palabras bastante severas: "Un edicto solemne había dado la paz á los hugonotes, quienes descansaban en la fe y palabra de la santa majestad, singular ornamento y la más preciada joya de los príncipes, á juicio de todos los pueblos. Hallándose comprometido el honor del rey, era inexcusable ante Dios perseguir á inocentes, contra la fe jurada." Estas representaciones eran justas; pero no se las dirige á un poderoso monarca sin tener un ejército para sostenerlas. Enrique III respondió "que estaba puesto por Dios para gobernar á su reino; que dependía de su sola autoridad ordenarlo mejor; que él sabría bien acordar lo que hubiera de hacer y conservar en unión los pueblos que Dios había encomendado á su cargo. Cuéntase que ántes de la partida de los embajadores, el rey les hizo decir que los que pretendían que había violado su fe al revocar el edicto de pacificación habían mentido, y que debían tener esta declaración por audiencia de despedida, porque no quería ya recibirlos," (2).

En vez de hablar y de predicar, los príncipes alemanes habrían debido obrar. Las disensiones religiosas entraron por mucho en su inacción. Vióse á luteranos servir á Enrique III contra Enrique IV; y cuando los protestantes que había al servicio del rey de Navarra les exhortaron á combatir por la causa de la Reforma, respondieron los discípulos ortodoxos de Lutero que el catolicismo era una secta abominable y en oposición con la confesión de Augsburgo (3). ¡Tan gran papel jugaron el egoísmo y la torpeza en la conducta de los protestantes de Alemania! Un contemporáneo que pertenece á una raza política es quien formula esta censura; lord Willoughby escribió en 1585 á lord Burghley: "Los príncipes alemanes continúan viviendo en una profunda seguridad y aún en una

especie de letargia, sin cuidarse de la posición de los demás y soñando en su ubicuidad. Comprenden mucho mejor que cada cual es para sí propio su prójimo más cercano, que la máxima humana que nos dice: nada de lo que toca á los hombres me es extraño," (1).

## IV.

Llegamos al fin del siglo XVI. La reacción católica avanza á grandes pasos: apoyándose en el fanatismo de España y de la Liga, persiguió el papado la destrucción de la Reforma en los Países-Bajos y en Francia. ¿Qué hacían durante este tiempo los príncipes de Alemania? "Duermen á pierna suelta, escribe Truchsess, el elector de Colonia; yo temo que tengan que despertarse súbitamente, cuando sea demasiado tarde," (2). Los Alemanes no veían lo que alrededor de ellos pasaba; no comprendían que en la lucha universal del catolicismo y el protestantismo debían tomar partido por la Reforma si no querían perecer: "Se hacen corderos en medio de lobos hambrientos, dice Truchsess, y los lobos se comen á quien se hace cordero; los papistas se agitan por todas partes, y los protestantes quedan inertes." Un príncipe de un carácter más elevado, el conde de Nassau, desempeña en la segunda mitad del siglo XVI el papel de Casandra; grita, pero en vano, que los protestantes están desunidos, que cada cual no piensa más que en sí propio, que tienen una confianza ciega y una apatía sin ejemplo, mientras el papismo lo invade todo: "El peligro crece, dice; las circunstancias se agravan extraordinariamente; es tiempo de que despertemos del sueño de la imprevisión. Los mejores entre nosotros creen que han cumplido todos sus deberes cuando oran, cuando hacen alguna limosna y discurren sobre la religión; reciben la noticia de un triunfo de los papistas, y se contentan con gemir y pedir á Dios auxilio. Es preciso obrar, hay que unirse, como hacen nuestros adversarios... ¡El papa, España y la Liga ganan diariamente terreno; se apoderan de ciudades, de ducados, de reinos, y los protestantes no se mueven ni dan señales de vida!... Todos gritan ¡fue-

(1) WRIGHT, *Queen Elizabeth*, t. II, p. 274. Lord Willoughby fué enviado á Alemania para solicitar auxilio en favor del rey de Navarra en hombres ó en dinero, y recibió una acogida maravillosamente fría (*a marvelous cold answer*).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, serie 2.ª, t. I, p. 585.

(1) *Mémoires de Condé*, t. III, p. 704.

(2) *Mémoires de la Ligue*, t. I, páginas 319-325.—DE THOU, libro LXXXVI.

(3) *Archives curieuses*, serie 1.ª, t. XI, p. 106-109.



go! ¡fuego! pero yo no veo á nadie que piense en apagarlo. No se cuida cada cual más que de su interés, olvidando que el interés particular no está garantido sino cuando el interés general está á salvo... La ceguedad, la confianza, la animosidad son tales, que en ellas se reconoce la señal cierta de la cólera divina, el castigo que nos espera y la ruina que amenaza á Alemania. Como hemos hecho con los demas, así se hará con nosotros. Despues de muchas advertencias nos visitará el Señor, á causa de nuestra ingratitud y de nuestra falta de caridad,, (1). No cesó el conde de Nassau de hacer oír estos clamores de alarmas, pero en vano. Al fin de sus días, en los primeros años del siglo XVII, escribe: "Todo va de mal en peor; Alemania se perderá por su confianza. Despues de haber sido espectadores inactivos de los males que se hubieran podido prevenir, no habrá otro remedio que una guerra sangrienta,, (2). Las siniestras predicciones del conde de Nassau van á cumplirse. La Reforma no perecerá, pero no se salvará sino á costa de la ruina de Alemania: los protestantes llevan en el siglo XVII la pena de su inercia en el XVI.

La guerra de treinta años se anuncia como una tempestad por la acumulacion de nubes malélicas; el cielo está inflamado; no falta más que una chispa para que prenda el incendio. Ni siquiera en la víspera del combate y durante la lucha se despiertan y obran los protestantes: siempre la misma impotencia, la misma incapacidad, el mismo egoísmo, y, digámoslo, la misma cobardía. Alentados con la debilidad de sus adversarios, no se imponían ya los católicos ninguna reserva; en plena paz acudían á la fuerza. Una ciudad libre, protestante, fué ocupada militarmente por el duque de Baviera, violando las leyes del imperio: los protestantes, aquellos mismos cuyos derechos eran violados, el duque de Wurtemberg y el conde palatino de Neuburgo, dejaron hacer. En cuanto á la ciudad, fué muy arrogante mientras no fué atacada; pero mostró una pusilanimidad inaudita cuando se vió en las hostilidades: el comandante bávaro ordenó á sus habitantes que entregáran sus armas,

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, serie 2.<sup>a</sup>, t. I, páginas 261-266, 269, 271-274, 280, 442, 446; serie 1.<sup>a</sup>, t. VI, p. 26, 34, 323; tomo V, p. 133 y sig., 433, 587.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, serie 2.<sup>a</sup>, t. II, páginas 145, 156.

y hasta los carniceros le llevaron sus cuchillos (1).

Formóse, en fin, una union protestante; pero esta union debería llamarse más bien la *desunion*. Los príncipes luteranos quedaron extraños á ella; ¿qué digo? no ocultaron sus simpatías por el emperador; el duque de Sajonia pidió hasta entrar en la Liga católica, porque esperaba obtener el ducado de Cléveris por su apostasia (2). En cuanto á los príncipes calvinistas, eran tan débiles, tan irresolutos como los luteranos. En el momento mismo en que estalló la terrible guerra de treinta años por la insurreccion de Bohemia, se reunieron los electores para elegir emperador. Fernando, á quien su nacimiento y los votos de los católicos llamaban á esa alta dignidad, era el instrumento fanático de los jesuitas; sus sentimientos y sus designios no eran un secreto para nadie: la violenta restauracion del catolicismo en Austria anunciaba lo que haría siendo emperador. La más simple prudencia debía advertir á los luteranos y á los calvinistas que era preciso evitar que pasara la corona imperial á un príncipe que era el jefe de sus enemigos; y, sin embargo, no hubo siquiera una tentativa para elegir un emperador protestante. Habría sido una revolucion, es cierto; pero esta revolucion hubiera evitado los horrores de la guerra de treinta años. ¡Estériles lamentaciones! Fuerza es confesarlo: no había en el partido protestante un hombre que estuviese á la altura de las circunstancias. Los electores dieron sus votos á Fernando. Por ciego que fuese su fanatismo, el príncipe austriaco era infinitamente superior á los príncipes protestantes; sabía á lo ménos lo que quería, y marchaba con resolucion hácia su fin.

El día en que Fernando fué elegido emperador se supo en Francfort que los Bohemos lo habían destronado, y que el elector palatino era rey de Bohemia. Así se abrió la guerra de treinta años por una revolucion contra la Casa de Austria. Si los protestantes hubieran estado unidos, habrían roto para siempre el poder de aquella familia, cuyo fanatismo iba á hundir á Alemania en los horrores de una guerra espantosa. Jamas se encontró un príncipe en posicion más crítica que Fernando al tiempo de su advenimiento al trono: sus Estados hereditarios estaban en plena insurreccion; la ma-

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. 343-356.

(2) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. 372, 378.

yor parte de Hungría en poder de Bethlem Gabor; los rebeldes amenazaban á Viena; Fernando estaba acorralado, y nada lo prueba mejor que una carta que escribió al papa. Él, el alumno de los jesuitas, el jefe de la reaccion católica, el que había hecho el voto en Nuestra Señora de Loreto de exterminar á los protestantes, pidió al soberano pontífice que le autorizara para otorgar la libertad religiosa al archiducado de Austria. Era un verdadero grito de angustia: "Vea Vuestra Santidad si, en el estado desesperado en que las cosas se hallan, vale más relajar un poco el rigor que exponerse á perderlo todo, hasta el catolicismo, en el caso que los habitantes del archiducado se unan á los demas rebeldes,, (1). ¿Cómo se aprovecharon los protestantes de estas circunstancias tan favorables?

El elector palatino, rey de Bohemia, convocó la Union en Nuremberg; acudieron muchos príncipes, mas les faltaba energía y el conocimiento de la situación, y reprodujeron por la milésima vez sus querellas religiosas, con la esperanza de que les hiciera justicia Su Majestad Imperial. No sospechaban los príncipes protestantes que el medio de obtener su derecho era obligar al emperador, y la ocasion se presentaba: era preciso sostener al rey de Bohemia. Pero, léjos de apoyarlo, condujeron las deliberaciones á una decision que equivalía á abandonar al desgraciado elector: "Se auxiliará á los miembros de la Union, sobre todo si son atacados en sus Estados hereditarios., Y por lo demas, ninguna medida se adoptó para preparar este auxilio hipotético (2). La antigua animosidad entre luteranos y calvinistas jugó su papel en esta inexcusable apatía: la facultad de teología de Tübinga representó al duque de Wurtemberg que no sacrificara su dinero y sus soldados en favor de los luteranos, porque eran más intolerantes para los calvinistas que los mismos católicos; y era demasiada verdad que se llevaba á un extremo increíble la intolerancia luterana. Oigamos al famoso *Hoë de Hoëneg*: "Tomar las armas por los calvinistas sería alistarse en las banderas de Satanás. Se dice que debemos morir por nuestros hermanos; pero los calvinistas no son nuestros hermanos: tanto valdría sacrificarse y sacrificar sus hijos á Moloch.

(1) SENKENBERG, *Geschichte des deutschen Reichs im XVII Jahrhundert* (VORREDE, p. LIV).

(2) KEVENHILLER, *Annales*, t. IX, p. 635-639.—A. MENZEL, tomo VI, p. 356-363.

Los calvinistas son los enemigos de Dios, y la Sagrada Escritura dice que se debe odiar á los que odian á Dios,, (1).

Difícil era llevar más allá el abandono de los grandes intereses de la Reforma y el abandono de sí mismo; pero hubo un príncipe protestante que hizo más todavía. El elector de Sajonia pasaba por ser el jefe del protestantismo: un príncipe de su casa había sido el protector de Lutero contra el papa y el emperador; un príncipe sajón fué también quien, despues de haber hecho traicion á la causa de la Reforma, la salvó haciendo traicion á Carlos V. Ahora bien, ¿qué hizo el duque de Sajonia en el momento solemne en que comenzó la sangrienta lucha del protestantismo y el catolicismo en Alemania? Su predicador, *Hoë de Hoëneg*, era, por decirlo así, el papa del luteranismo; los Bohemos habían tenido la desgracia de herir el orgullo del pontífice luterano, tan irritable como el obispo infalible de Roma, y de ahí provino un odio á muerte. El elector de Sajonia respondió á los emisarios de Bohemia que mantendría siempre la causa de la confesion verdadera de Augsburgo, y que no veía que el interés de todas las fracciones del protestantismo exigiera una union íntima contra el enemigo comun. Había, además, de por medio una pequeña ambición: el emperador le hizo entrever la posesion de la Lusacia, y esto decidió al elector. Quedábale, sin embargo, un escrúpulo. Habíase apoderado de muchos obispados, con violacion del famoso *reservatum ecclesiasticum* de la paz de Augsburgo: en derecho, pensaba con el emperador que los protestantes habían cometido una injusticia, pero él no quería que se le aplicara la ley y se le obligara á restituir los bienes que había usurpado. Los católicos dieron satisfaccion á la codicia del duque de Sajonia y le prometieron que no se recurriría á la violencia para quitarle sus obispados. Con esto se vió al jefe del protestantismo alemán hacer alianza con Fernando el Católico.

No le escasearon las advertencias. El landgrave Mauricio de Hesse-Cassel llamó su atencion sobre el peligro que resultaría de esta alianza para la fe evangélica: "El papado, dice, persigue la destrucion del protestantismo; si el elector cree que se librará de la ruina comun, se engaña grandemente;

(1) HELBIG, *der Prager Friede* (RAUMER, *Taschenbuch*, 1858, página 579).